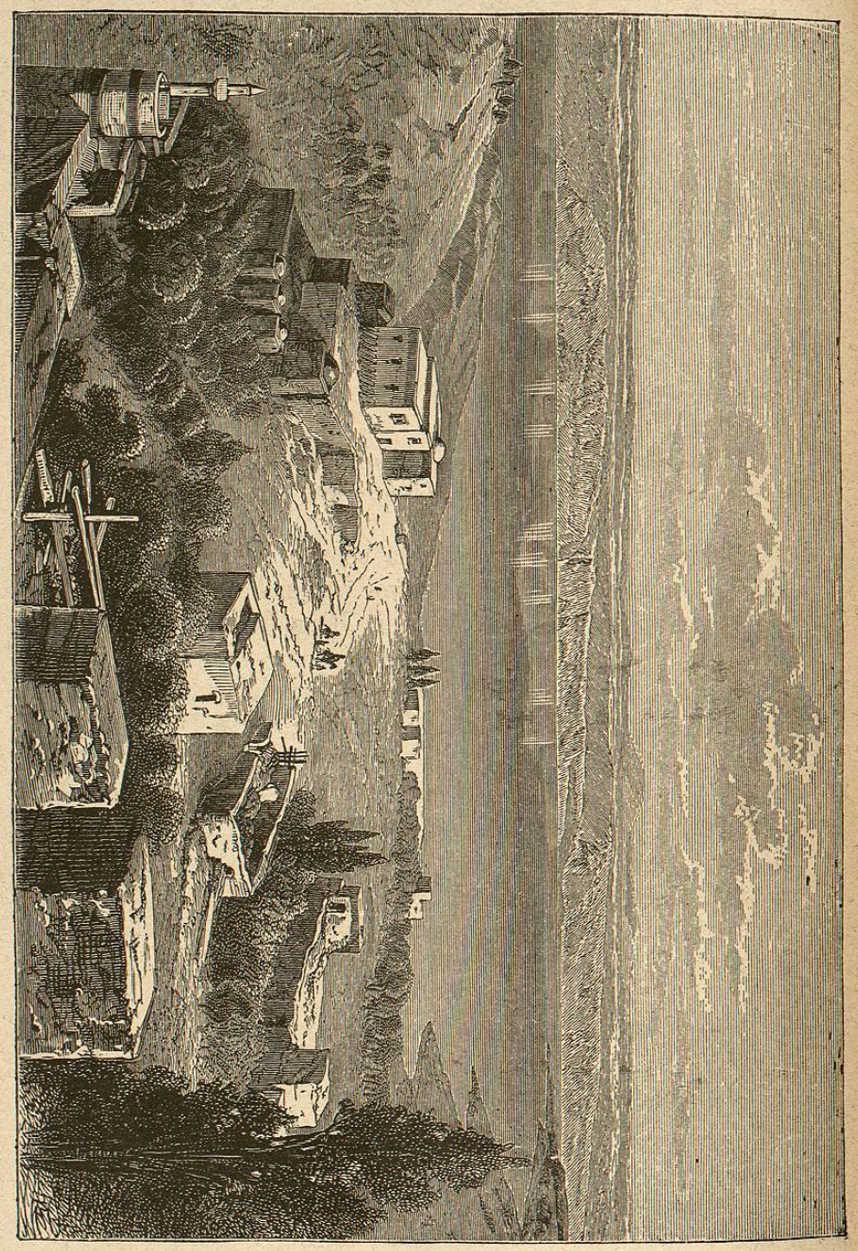
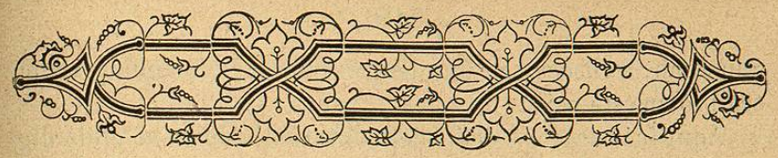


LAGO Ó MAR DE GENESARET, DONDE CORRIÓ PELIGRO LA BARCA DE LOS APÓSTOLES DURMIENDO EN ELLA EL SALVADOR



CAPÍTULO XXXV

FIN DE LA PEREGRINACIÓN

I

El mar de Genesaret.—El centurión.—El paralítico. El poseso.—La hija de Jairo.

Debiéramos haber seguido la peregrinación y vuelto con ella á Jerusalén, mas por un favor especial nos fué dado prolongar en Tiberíades una estancia llena de dulces é íntimas delicias.

Después de haber dado á Dios las primicias de la jornada, nos dirigíamos muy de mañana á las orillas del lago, aprovechando los momentos en que la temperatura no era tan elevada. Allí nos pasábamos horas enteras inmóviles y sumergidos en una especie de arrobamiento. El mar de Genesaret se desenvolvía ante nuestra vista como un tapiz de diamantes, mientras que las colinas que le rodean, envueltas al principio en una deslumbrante gasa, se coloreaban poco á poco de rosadas y azules tintas de una finura indescriptible.

Pero no son únicamente las bellezas naturales las que forman el encanto de este país, sino principalmente los recuerdos de la vida de Nuestro Señor. Esta región, en efecto, fué su patria predilecta, su principal campo de acción, su mansión favorita.

¡Cuántas veces atravesó en la barca de Pedro este lago encantador, y cuántas predicó sobre ella á las muchedumbres que acudían á la playa, para verle, oirle y asistir á las milagrosas curaciones que allí obraba? San Mateo, San Marcos, San Lucas y

San Juan, se hacen eco uno de otro refiriendo los milagros que sembró en este país.

Aquí fué curado el siervo del centurión, que no se creía digno de recibir al Señor en su casa; allí la suegra de Pedro, oprimida por una maligna fiebre, y el paralítico bajado por una abertura practicada en el techo. Más allá hartó Jesús con unos pocos panes y algunos peces á las turbas que le seguían. A pocos pasos libró de la tiranía del demonio al desgraciado poseso que andaba errante por entre los sepulcros, y cuyo furor helaba de espanto á todos los que se le acercaban. En este lugar resucitó á la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, etc., etc. Pero abramos el Evangelio.

II

Jesús resucitado.—La pesca milagrosa.—El extranjero. Simón, ¿me amas?

Después de haber cumplido su misión y antes de dejar la tierra, quiso Jesús volver á ver el teatro de su predicación. Los Apóstoles, por su parte, poseídos de horror hacia la ciudad deicida, habían vuelto á Galilea y emprendido de nuevo su oficio de pescadores. Aconteció, pues, que hallándose Pedro con Tomás, Natanael, Santiago y Juan, les dijo:—Voy á pescar, porque el tiempo es propicio.—También nosotros vamos contigo, —respondieron ellos. Salieron, pues, y subieron en un barco, pero aunque tendieron las redes, aquella noche no cogieron nada.

Llegada la mañana, cuando rendidos de la faena, volvían á la orilla con su barca, hallaron á Jesús en la ribera y sus discípulos no lo conocieron. Entonces el Salvador les dijo:—Hijos, ¿tenéis algo que comer?—No, respondieron ellos.—Pues echad la red á la derecha del barco; y hallaréis.—La echaron, y se llenó de peces de tal suerte, que no podían sacarla. Al ver esto, dijo á Pedro aquel discípulo á quien amaba Jesús: *Es el Señor;* á cuyas palabras ciñóse San Pedro la túnica y echóse al mar.

Los otros discípulos vinieron con el barco trayendo á remolque la red completamente llena de peces. Apenas saltaron á tierra, de donde los dejó separados San Pedro como unos doscientos

codos, vieron brasas encendidas, un pez sobre ellas y pan. Jesús les dice:—Traed acá de los peces que cogistéis ahora.

Entonces subió Simón Pedro á la barca y trajo la red á tierra llena de grandes pescados. Había ciento cincuenta y tres, y á pesar de tan gran número no se rompió la red.

Jesús les dice:—Venid, comed.—Obedecen con prontitud, pero ninguno de ellos se atrevía á preguntarle:—¿Y tú quién eres? sabiendo que era el Señor. Llega, pues, Jesús, y tomando el pan se lo reparte, y asimismo del pescado.

Terminada la comida, dice Jesús á Simón Pedro:—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?—Sí, Señor, responde Pedro; tú sabes que te amo. Y Jesús le dice:—Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez:—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?—Seguramente, Señor, responde de nuevo San Pedro, tú sabes que te amo.—Pues apacienta mis corderos.

Y le dice tercera vez:—Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le había preguntado tercera vez ¿me amas? y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que yo te amo. A lo que repuso el Salvador: *Apacienta mis ovejas* (1). Así es como recibió Pedro el gobierno de la Iglesia y el cargo de conducir al rebaño y á los pastores.

Esta admirable aparición es la que puso el sello á todas las maravillas que Jesús había obrado en las orillas del lago de Genesaret.

III

Los barcos.—El pez de San Pedro.—La lectura.—La expansión de la imaginación.

No se ven al presente en el lago sino cinco ó seis barcos. Su salida del puerto, no menos que su vuelta, excitan siempre nuestro interés.

Más de una vez hemos presenciado el espectáculo de abundantes pescas, que nos traían á la memoria la pesca milagrosa. La rusticidad de las embarcaciones y las costumbres de los

(1) San Juan, XXI, 1, 20.

marineros, siempre las mismas desde los Apóstoles, aumentaban la ilusión.

En los sitios poco profundos, el pescador se entra en el agua hasta medio cuerpo y arroja la red sobre los peces que se mueven en su derredor como lo hacía San Pedro. La pesca con redes es la más usada, si bien se practica además una suerte de pesca al sedal ó al gancho.

El pescado más interesante que hemos visto coger es el nalbut, que el pueblo llama *pez de San Pedro*, por ser de la misma especie que aquel en cuya boca encontró el Apóstol *un estater* (diez dracmas) para pagar el tributo por sí y por su divino Maestro. La cabeza del *nalbut* es muy aplastada y constituye la cuarta parte de su cuerpo. Cuando se le atormenta produce ciertos sonidos roncos, y sobrevive á veces hasta catorce horas desde que sale del agua. Se vende á muy bajo precio, aunque su carne es muy delicada y mucho mejor que la de otros pescados del lago. Los hebreos, que forman la mayor parte de la población, no quieren comerlo en odio al Príncipe de los Apóstoles.

Innumerables aves, de los más variados colores, baten alegres sus alas sobre estas cristalinas aguas. La mayor parte de ellas se alimentan de peces. De vez en cuando se sumergen en la mar en seguimiento de su presa, saliendo inmediatamente á la superficie á secar sus plumas y desplegar su vuelo en el azul del cielo. Entre ellas hemos notado sobre todo un gran número de pelícanos.

El lago cambia de aspecto según las horas del día. Cuando el sol le hiere perpendicularmente con sus rayos, la inmensa superficie plana semeja un mar de aceite de un blanco lechoso que ninguna brisa arruga. El calor viene á ser entonces tan intenso, que es preciso dejar cuanto antes aquella playa sin sombra que el sol abrasa horriblemente.

Vueltos á nuestra habitación, nos ponemos á leer el Evangelio. Esta lectura no era nueva para nosotros, pero la saboreábamos mucho mejor después que visitábamos los lugares mismos que habían servido de teatro á los grandes acontecimientos que nos refiere el Libro Sagrado. Pareciame entonces que mis

ideas se habían aclarado y que penetraba más profundamente en la inteligencia de las divinas escrituras. Mi corazón encontraba allí nuevas delicias y se impregnaba en todas las suavidades de la moral evangélica.

La comida era seguida de una gran siesta, impuesta por aquel calor insoportable.

Cuando empezaba la fresca de la tarde, salíamos de nuevo, recorriendo la montaña para gozar con más delicia de un paisaje que no tiene semejante. La belleza de las líneas, el esplendor de los tonos, el encanto de los detalles, la majestuosa sencillez del conjunto, todo concurría al placer de la vista y á las expansiones de la imaginación.

Ordinariamente no volvíamos al hospicio hasta la caída de la tarde, después de habernos recogido un instante en la iglesia á fin de dar gracias al Señor por los favores extraordinarios que nos había concedido. Cenábamos con buen apetito y subíamos después al terrado, en donde permanecíamos hasta media noche explayando nuestra vista y nuestra imaginación por las silenciosas y azuladas regiones del espacio.

Nuestro cielo era más bello que el de Ostia; pero, ¡ay! no teníamos ni los ojos ni el corazón de San Agustín para leer en él los profundos secretos de la Sabiduría creadora. Sin embargo, sacábamos de aquella contemplación un deseo infinito que inundaba nuestro corazón en un gozo inefable. Yo hubiera querido pasar allí el resto de mis días: ningún lugar me agradará tanto en lo sucesivo. Mi pensamiento volverá siempre allí, procurando encontrar de nuevo unas ilusiones felices que me han transportado á los tiempos antiguos y me han hecho creer por un instante que el mundo de la Biblia y del Evangelio había resucitado para mí.

IV

Las aguas termales.—Tariquea.—Nacimiento del Jordán. Las cañas.—Las águilas.

Vamos á visitar el sitio en que el río sagrado sale del lago. Es un viaje de cinco á seis horas entre ida y vuelta. Para evitar el calor, emprendemos la marcha muy de mañana. Al salir